

do de este enfoque objetivo constituye ahora la mejor guía para juzgar *El otoño del patriarca*, así como las demás obras analizadas en este libro, para que sean vistas y valoradas con la seriedad que requiere la totalidad de la obra del maestro costeño.

Difícil, y además comprometedor, resulta la tentativa de abordar la labor crítica de un crítico, sobre todo de uno con la sabiduría y autoridad de Ernesto Volkening, don Ernesto, como se le conoció entre sus amigos más cercanos. Este belga que en los primeros años de su juventud decidió hacer de nuestro país su patria definitiva, logró encontrar en él espacio ideal para que su mente excepcionalmente aguda lograra expresarse a través de una fecunda labor creadora que desarrolló sin interrupción durante los cuarenta y ocho años que vivió entre nosotros. El mejor reconocimiento —si es que necesita alguno— serían las palabras de Santiago Mutis en el excelente prólogo del libro: “Cuatro libros y un sinnúmero de páginas dispersas, nos quedaron de su trabajo de hombre íntegro, exigente, justo, que hizo de su vida una obra coherente y digna, dedicada a entender el mundo que escogió para vivir y el mundo que dejó para siempre. Es decir, Colombia y la Europa culta de su juventud”.

ELKIN GÓMEZ

## “Uno es feliz o está casado”

### Aleida a flor de piel

Vladimir Flórez (Vladdo)

Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 1999, 115 págs.

Es una mujer de ojos alargados, al igual que su perfil, corte de pelo moderno y vestidos sobrios y elegantes. Clase alta, tal vez, o media alta, seguramente un poco intelectual, femenina pero feminista, posible-

mente divorciada y sin ganas de volverse a casar, pero en el fondo hastiada de tanta soledad.

Vladimir Flórez (Vladdo) la creó tomando un poco de allí y de allá, pero, como cualquier personaje bien creado, es ella una única, ella sola responde sin que el autor intervenga, sola, esboza respuestas tajantes y cínicas, comentarios fuertes dirigidos al género masculino, sollozos y angustias propios de su sexo, intervenciones que refuerzan la angustia y la soledad de tantos hombres y mujeres que encuentran, en este trazo sencillo, una respuesta de oráculo.

*“¿Por qué será que ellos convierten sus fracasos íntimos en hazañas públicas?”*. [pág. 112]

El caricaturista anota en el prólogo, tras intentar definirla:

*“En últimas, más allá de las consideraciones sobre si tiene una línea acá o una perversión allá, lo cierto del caso es que Aleida es la opinión subjetiva y arbitraria de un hombre que goza y sufre con las mujeres”*. [pág. 14]

Aleida goza poco y sufre mucho; el dibujo sin boca expresa su dolor o alegría con el trazo de las cejas, el gesto de una mano que detiene el mechón antes de hacer sobre la frente, el dolor contenido en el abrazo a una almohada, la reflexión brutal esbozada en el perfil de su silueta como una sombra.

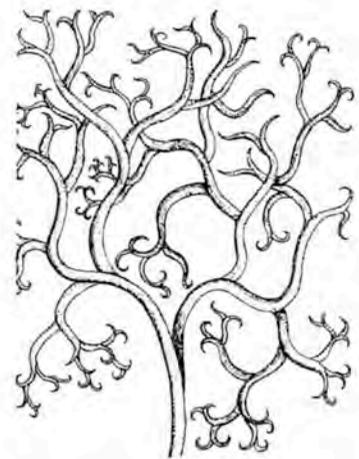
*“Esperar lo mínimo de hombre ya es demasiado”*. [pág. 86]

El dibujo claro, suelto y firme refuerza lo tajante de las frases. El periodista Eduardo Arias Villa, quien escribe el prólogo, esgrime su visión masculina del personaje:

*“Los hombres no soportamos que nos digan verdades, y mucho menos cuando éstas vienen vestidas de aforismo, de graffiti o de juego de palabras que nos ponen en evidencia. Y mucho menos si éstas salen de un rostro sin boca,*

*que no necesita gritar porque esas pruebas recurrentes de la estupidez del género masculino, así sean susurros casi imperceptibles, retumban por siempre en nuestras conciencias”*. [pág. 9]

Hacer caricatura es un arte complejo, no siempre para hacer reír; es una manera de expresar dolor y angustia, de quitarse pesos de encima, de hacer llorar, de enfrentar al lector desprevenido con una realidad brutal. Una frase y una línea pueden tener más contenido que cualquier análisis político, una frase tajante como las de los Monos de Caballero resume la compleja situación de este doloroso país. Pocos caricaturistas hacen en realidad —en el sentido estricto de la palabra— humor; incluso Quino en una caricatura reciente resumió el hecho, cuando llega a su estudio “un policía del humor” y lo lleva preso diciendo: “Injusticia, desigualdad, pobreza, crítica, ¿eso le parece que es hacer humor?”.

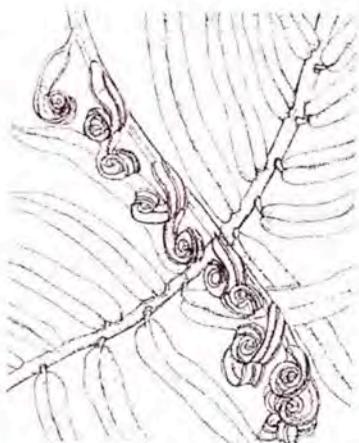


Aleida aparece en la página de una revista de frecuencia semanal, entre las caricaturas de los personajes públicos, recostada, ajena a toda esa política, soltando sus aforismos. Esa mujer, tan mujer, creada por un hombre, y leída por hombres y mujeres, reflexiona para sí y solloza ingrime en su rincón.

*“Uno es feliz o está casado”*. [pág. 53]

Como lectora y autora de esta reseña —es decir, como un ejemplar del género femenino, casada además, sin ganas de divorciarme, y fascinándome los hombres—, la encuentro un poco radical, demasiado desesperanzada e incluso demasiado anhelante y en espera del hombre que se la aguante. Porque, la verdad, Aleida a veces es insoportable:

*"Lo justo sería que en vez de hablar de lo bien que la pasan, ellos contarán lo mal que la pasamos nosotras". [pág. 82]*



Lo divertido de Aleida es que una se la encuentra con frecuencia, en sus amigas, en las conocidas, en las ex novias de los amigos, en las intelectuales de los eventos culturales. Vladdo resume con ella una multitud de mujeres, y es allí donde radica su fortaleza y su éxito. Su voz la hemos oído multitud de veces: la mujer seudointelectual que se jacta de no aguantarse novios y menos de enfrentar un marido, que atesora relaciones como joyas de bisutería, que se siente a veces violada, muchas veces incomprendida y, la mayoría, superior en inteligencia a los pobres idiotas que cayeron en sus redes. Es también de repente la imagen de la joven ejecutiva que siempre se queja de tener muchísimo trabajo, "no se imagina cuánto", atractiva y elegante, a quien se le antojan en los cocteles los maridos de las demás —porque ése es precisamente el encanto, que son de otras—, e insiste en que es más divertido bailar siempre con uno distinto, pero, cuando

se toma algunos tragos de más, confiesa una soledad inaudible. Es la mujer autosuficiente, que no confiesa el tedio de un domingo en la mañana cuando amanece sin nadie a su lado, que va a donde le da gana con quien le viene en gana y a la hora que le provoca, sin ataduras sexuales, morales, ni afectivas. Es una mujer moderna y producto de la "posmodernidad".

*"El que crea que querer es poder es porque nunca lo han rechazado". [pág. 109]*

Pero Aleida no es siempre mordaz y cínica; a veces simplemente le hace falta afecto. García Márquez, cuando le preguntaron acerca del personaje, respondió:

*"Lo único que le falta a Aleida para ser perfecta es un poco de amor".*

Afirmación que parece responder Aleida, cabizbaja:

*"Sólo espero que cuando no tenga a quien más ignorar se acuerde de que existo". [pág. 20]*

Tiene corazón, pues, a pesar de que los hombres insisten en que las mujeres no lo tienen y, a su vez, las mujeres aseveran que todos los hombres son unos perros vagabundos dispuestos a correr detrás de cualquier mujer. El personaje es contradictorio, detalle que lo hace más humano y, por qué no, más mujer, pues unas veces acepta estar enamorada y la mayoría afirma:

*"Para querer a los tipos mucho, hay que conocerlos poco". [pág. 83]*

*"Una parte de mí se muere por él... pero la otra quisiera que el muerto fuera él". [pág. 113]*

*"La eyaculación precoz es una cuestión de principios". [pág. 17]*

*"Del amor al odio no hay sino un marido". [pág. 106]*

Hace ya más de diez años que Vladdo anda en los medios de comunicación escritos trajinando con sus caricaturas políticas, ha ganado premios Simón Bolívar de manera consecutiva y se reafirma con la creación de este personaje que aparece ajeno a los avatares políticos, dando golpes bajos al género masculino o reflejando las angustias de las mujeres modernas. Ojalá a Aleida no le dé por la política o por casarse, o a Vladdo por enamorarla de remate.

JIMENA MONTAÑA  
CUÉLLAR

## Clásico latinoamericano

### Situaciones e ideologías en América Latina

José Luis Romero

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2001, 448 págs.

Después de *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, qué se agotó rápidamente y cuya segunda edición se encuentra ya en prensa, la ambiciosa e inteligente colección Clásicos del pensamiento hispanoamericano de la Editorial Universidad de Antioquia, que dirige el profesor Juan Guillermo Gómez, acaba de editar esta antología de ensayos del insigne historiador argentino, que reproduce la publicada hace veinte años por la Universidad Nacional Autónoma de México, enriquecida ahora con un extenso escrito, todo un libro, publicado originalmente por la editorial Paidós de Buenos Aires en 1970, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*.

Quisiéramos comenzar por dos textos que sirvieron de presentación a significativas y en su momento muy oportunas recopilaciones documentales realizadas por Romero con la colaboración de su hijo Luis Alberto para la importante y ya clásica colección de pensamien-